

# Memoria y desmemoria

## Signos conmemorativos de la memoria colectiva

Fernando Aínsa<sup>1</sup>

Pensando en la memoria colectiva, la historia oficial y los recuerdos individuales.

<sup>1</sup> Autor de *Los guardianes de la memoria* (Zaragoza, Editorial Sabara, 2014)



José Verón

Vivimos todos inmersos, mal que nos pese, entre los signos de una memoria colectiva que ha institucionalizado la visión oficial de la historia a la que pertenecemos, impuesta por dueños del poder que identifican y seleccionan hechos, acontecimientos y personajes para decir qué debe ser recordado y cómo debe serlo. *Sistemas celebratorios* con signos reconocibles en la nomenclatura urbana —nombres de plazas, avenidas, calles y pasajes; placas recordatorias, la “memoria monumental” de palacios, catedrales y panteones— gracias a los cuales el espacio se significa y se proyecta en el tiempo: edificios públicos —archivos, museos, hemerotecas y bibliotecas— donde se condensa el entramado de memoria que se protege y conserva; sistemas sostenidos por el “texto/textura” de manuales escolares que inculcan una versión oficial del pasado, de

poesía conmemorativa y relatos hagiográficos; fiestas patrias que salpican el calendario con festejos y desfiles, aniversarios, centenarios, bicentenarios y sesquicentenarios que se encadenan para rememorar nacimientos, muertes, publicaciones y acontecimientos históricos; himnos, banderas y escudos que encarnan símbolos nacionales y donde la retórica del *discurso del poder* vigente institucionaliza y penetra los medios de comunicación, la actividad política, cívica y militar para asegurar su hegemonía ideológica.

### Los signos conmemorativos urbanos

Menos dueños del presente de lo que creemos, sentimos como el pasado entra en él como cosa viva, obra con fuerza semejante a lo contemporáneo y reactualiza con toda su carga emotiva la poderosa

presencia de la memoria en la realidad que nos rodea. Gracias a esa confrontación descubrimos que los recuerdos no son sólo personales, sino parte de un tiempo que nos impone los paradigmas de una memoria colectiva elaborada como un verdadero sistema de reconstrucción histórica y justificación del presente del que somos prisioneros, aunque no tengamos plena conciencia de ello. Como legado representativo provisto de su propia retórica estos signos que Jurij M. Lotman define como *signos conmemorativos* tienen una intencionalidad y un diseño propio, suerte de “religión civil” que se completa en la iconografía del dinero, la llamada “memoria metálica”, monedas acuñadas con efigies y perfiles en billetes, y en la de los sellos postales. Una memoria impuesta, más representativa que veraz.

Los lugares en que se ha anclado la memoria colectiva y la vasta topología que Pierre Nora llama *Les lieux de mémoire* no son necesariamente verbales y se imponen a los individuos con aparente naturalidad, como si fueran la expresión indiscutida de una interpretación canónica en vigor de la historia. A través de su clara función mnemotécnica la visión oficial de la historia se legitima, administra y condiciona la memoria individual con representaciones incesantemente reelaboradas como auténticos arquetipos de memoria colectiva que dejan sus marcas, “trazas” sobre la memoria individual.

Se comprueba entonces con cierta consternación que toda autoridad que domina el presente, pretende “reacomodar” el pasado, definir lo que hay que recuperar de la memoria colectiva, ser la medida del proceso selectivo que controla y jerarquiza lo que “debe” recordarse. La legitimación del orden establecido que esta recuperación selectiva del pasado consagra es más política que científica, aunque se apoye en acontecimientos reales, documentos fidedignos e interpretaciones canónicas que pretenden ser objetivas. En la incorporación intencional y selectiva del pasado lejano e inmediato se adecuan los intereses del presente para modelarlo y obrar sobre el porvenir, verdadera retrodicción del lenguaje que infiere lo que pasó a partir de lo que actualmente sucede.

El conjunto de estos “monumentos” superponen las representaciones de lo visible con lo recordado, espacios que “rezuman temporalidad”, esos lugares que proyectan una secuencia de acontecimientos en los que mito e historia, memoria colectiva e individual se entrecruzan y donde se superponen no sólo las representaciones de lo visible, sino las de recuerdos, eventos, referentes connotativos no siempre vividos directamente, pero cuyas referentes

conocemos. Temporalidad y espacialidad que también esconde acontecimientos de un pasado sofocado: el monumento a cuyo pie se inmoló el estudiante el día en que se instauró la dictadura, la encrucijada en que una manifestación obrera fue reprimida, la casa allanada de la que fue sacado una noche lluviosa el amigo que desapareció para siempre.

“ A través de su clara función mnemotécnica la visión oficial de la historia se legitima, administra y condiciona la memoria individual (...). ”

### **Recuerdos individuales y memoria colectiva**

Un espacio en el que también se insertan los recuerdos individuales, aunque estén siempre condicionados por los colectivos. Nuestros recuerdos personales se integran inevitablemente en la rejilla de su irradiación simbólica. Nuestra memoria no puede liberarse de la historia que la condiciona y contextualiza. La historia oficial, como expresión de un tiempo que pretende ser colectivo, se impone en la memoria individual de todos nosotros, aunque no lo queramos, aunque lo rechacemos. Un parentesco secreto se establece entre los lugares en que vivimos y donde acumulamos recuerdos de nuestra memoria individual y los objetos conservados en museos o archivos y, más sutilmente, con las instituciones que los representan. Los recuerdos personales forman parte de esa memoria históricamente consciente de ella misma con que Pierre Nora define a la tradición, lo que necesita de una herencia que se asume y una mirada que subjetivice ese patrimonio. Como decía Renan, sin la ironía con que puede leerse ahora: “no hay nación que se precie que no

invente su pasado”.

Por ello, más allá del *sistema celebratorio* imperante, muchos espacios reflejan su propia temporalidad. Son los *espacios históricos* por antonomasia que superponen las representaciones de lo visible y recordado con el secreto de esquinas y plazas. Temporalidad y espacialidad que destilan también los acontecimientos de triste memoria de un pasado sofocado: la plaza en que se realizó el acto preelectoral final partidario de las últimas elecciones antes del golpe de estado, la avenida en que una manifestación obrera fue reprimida apenas instaurada la dictadura, capas sedimentarias del estrato de la memoria, referentes de una historia paralela en diálogo, sino confrontación, con la oficial.

Sin embargo, la percepción del *tiempo vivido* ha sido siempre contradictoria y conflictiva, aunque no llegue al extremo de un mero transcurrir “sin dirección”, sino a la de un devenir enunciado por Heráclito y desarrollado por Hegel. Su movilidad está íntimamente emparentada con el “anhelo” (Ernst Bloch), con la voluntad, con la propia vida, con ese sentimiento que Oswald Spengler llamaba el “carácter orgánico” del tiempo.

En realidad, lo que se mide no son las cosas pasadas o futuras, sino lo que se recuerda o lo que se espera, es decir todas aquellas “afecciones” dinamizadas por la espera, la atención y el recuerdo y el tránsito de los acontecimientos a través del presente. El tiempo individual tiende a abolir la representación lineal del tiempo, descronologización que profundiza la reconocida complejidad del tema donde tiempo y memoria se entrelazan con ambigua atracción, donde la fragilidad de todo recuerdo se evidencia en la sutil interdependencia con el perdón, el olvido, el rencor, la amnesia, la venganza, la comprensión, la clemencia, el duelo y la melancolía y en los matices entre remembranza, rememoración o simple recuerdo.